

Tú que has de juzgarme, no juzgues tan sólo este libro o aquél, ven al sitio sagrado donde en efígie mis amigos penden y miran; traza en esos lineamientos la historia de Irlanda; piensa dónde empieza y acaba la gloria del hombre, y di que fue mi gloria tener tales amigos.

W.B. Yeats, "La Galería municipal revisitada".

*You that would judge me, do not judge alone
This book or that, come to this, hallowed place
Where my friend's portraits hang and look thereon;
Ireland's history in their lineaments trace;
Think where man's glory most begins and ends,
And say my glory was I had such friends.*

W.B. Yeats "The Municipal Gallery Revisited".

Para Eliseo Diego, la poesía es una forma de amistad y los poetas, amigos entrañables con quienes conversa a través de la lectura y la traducción de su poesía, porque "no sólo son nuestros amigos aquellos a quienes vemos casi a diario, o en un de cuando en cuando, que es el siempre de toda la vida. Si la amistad más que presencia es compañía, también lo serán aquellos otros con quienes jamás pudimos conversar, porque nos separan abismos de tiempo inexorables".

De ese trabajo inédito que Eliseo Diego ha intitulado En buena compañía hemos elegido sus reflexiones y traducciones de dos autores, entre quienes también existieron fuertes lazos de amistad: de Ernest Dowson, poeta inglés melancólico y decadente, cuya muerte prematura truncó una incipiente carrera poética, y del gran poeta irlandés W.B. Yeats, para quien la amistad era materia prima de su creación, e incluso llegó a decir que no tenía más casa que la amistad ("Friendship is all the house I have").

A las versiones del poeta cubano podemos poner como epígrafe una frase tomada de su texto Las voces de mis amigos, mismo que sirve de presentación al trabajo ya mencionado: "Toda traducción es imposible, ya lo sabemos. Pero también la poesía es imposible y no vacilamos en acometerla con audacia y temor, y a veces hasta con no mala fortuna".

Ernest Dowson (1867-1900)

Ernest Dowson fue un joven desdichado. Para él no hubo madurez ni final feliz. Sólo amarguras y una temprana muerte a los treinta y tres años de su vida.

Nació en una familia de la modesta aristocracia inglesa y su formación terminó en Oxford, como era propio. O más bien, la terminó él mismo, pues abandonó la Universidad a destiempo, para irse a vivir a un barrio pobre y así no depender de nadie, y ganarse en paz su pan con sus propios esfuerzos —mediante la traducción de novelistas y poetas franceses—, libre ya de las polvorientas rigideces victorianas.

Hubo, sí, breves irrupciones de luz en su corta vida. Se enamoró de una camarerita francesa que atendía un pequeño restaurante del barrio. Arthur Symons —uno de esos pocos críticos a quienes es un gusto leer por su prosa— nos cuenta cómo ella "escuchaba sus versos, sonriendo encantadoramente, bajo la vigilancia de los ojos de la madre". Acostumbraban sentarse en torno a la última mesa rústica del estrecho recinto del restaurante. Según Symons, debe sus mejores poemas al estímulo de la linda muchacha. Todo acabó cuando ella se casó con un fornido camarero, francés al ciento por ciento.

Dowson era un hombre apuesto, de facciones finas y bien trazadas, pero de constitución muy frágil. Sus modales eran exquisitos. Sin embargo, cuando bebía —y siempre lo hizo a fondo— se transformaba en poco menos que un salvaje. Parece que la madre de la muchachita se enteró de esta debilidad suya y tomaría una decisión drástica. Deliberadamente, Dowson se entregó al alcohol y dio fin a su vida. ¿Habría podido ser de otro modo? ¡Quién sabe!

"¿Se daría ella cuenta de que había creado y dado muerte a un poeta?", se pregunta Symons. Tampoco lo sabremos nunca. Pero nos queda con ella una deuda —llegase o no a ser tan desdichada como él—, y es el poema aquí incluido.

Siempre me conmovió la arrasadora tristeza de estos versos que Dowson escribiera en la temporada trágica de su pérdida, si bien me contentaba con su simple lectura. Sabía yo poco entonces del poeta y apenas nada de su muchacha; pero, un día, sentí de pronto una irrefrenable curiosidad por saber quién estaba oculta bajo el nombre griego de *Cínara*. Consulté de prisa mi útil diccionario *The New Century Handbook of English Literature* y hallé que el compilador me

En buena compañía*

Eliseo Diego

Eliseo Diego (1920). Poeta cubano. Uno de los exponentes de la renovación poética representada por la revista *Orígenes*, fundada por José Lezama Lima. Empezó evocando la vieja Habana, pero evolucionó hacia temas de gran concentración lírica, como la muerte, el miedo, el amor. Es traductor de poesía anglosajona y autor de ensayos críticos sobre autores cubanos y estadounidenses. Obras publicadas: *En las oscuras manos del olvido*, *El cansado de su nombre*, *En la calzada de Jesús del Monte*, *Por los extraños pueblos*, *El oscuro esplendor*, *Versiones*, *El muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña*, *Veintiséis poemas recientes* (Ediciones del Equilibrista, México, 1986) y *Divertimentos* (relatos). De los primeros títulos existe la recopilación *Entre la dicha y la tiniebla*, editada por el FCE en su colección "Tierra Firme".

* Fragmento del libro del mismo nombre, de próxima aparición por Ediciones del Equilibrista.

daba la información necesaria, junto con un nuevo motivo para irritarme con él. Bajo la versión inglesa del nombre, *Cynara*, estaba escrito; "*The name of the woman adressed by Dowson in his poem...*" (es decir, el nombre de la mujer a quien se dirige Dowson en su poema). Ahora bien, decir *woman* a secas en inglés resulta cuando menos una descortesía. Si nuestra francesita hubiese per-

tenecido siquiera a una familia burguesa de buena posición, el compilador no la habría llamado simplemente *woman*, sino *young woman*, cuando no *young lady*. Me pareció que Dowson se habría encolerizado con este hombre. Y en lugar suyo me tomé la curiosa venganza de traducir su poema al español.

Ernest Dowson

Non sum qualis eram bonae sub regno Cynarae

Anoche entre sus labios y los míos
cayó tu sombra, Cínara, tu aliento,
entre el vino y los versos sobre el alma,
y enfermo fui de algún amor antiguo
e incliné mi cabeza, desolado.
Te he sido fiel a mi manera, Cínara.

En mí su vida ardió la noche entera,
en sueño y en amor entre mis brazos,
dulce su boca roja que comprara;
y enfermo fui de algún amor antiguo
al despertar y ver qué gris el alba.
Te he sido fiel a mi manera, Cínara.

42

Mucho olvidé, que el viento se ha llevado,
y rosas, rosas arrojé al tumulto
para librarme de tus lirios idos,
y enfermo fui de algún amor antiguo
mientras duró la danza inacabable.
Te he sido fiel a mi manera, Cínara.

Pedí furor al vino y a la música,
pero al fin de la fiesta y de las lámparas
cayó tu sombra, Cínara, tu noche,
y enfermo fui de algún amor antiguo,
hambriento de los labios deseados.
Te he sido fiel a mi manera, Cínara.

Non sum qualis eram bonae sub regno Cynarae

Last night, ah, yesternight, betwixt her lips and mine
There fell thy shadow, Cynara! thy breath was shed
Upon my soul between the kisses and the wine;
And I was desolate and sick of an old passion,
Yea, I was desolate and bowed my head:
I have been faithful to thee, Cynara! in my fashion.

All night upon mine heart I felt her warm heart beat,
Night-long within mine arms in love and sleep she lay;
Surely the kisses of her bought red mouth were sweet;
But I was desolate and sick of an old passion,
When I awoke and found the dawn was gray:
I have been faithful to thee, Cynara! in my fashion.

I have forgot much, Cynara! gone with the wind,
Flung roses, roses riotously with the throng,
Dancing, to put thy pale, lost lilies out of mind;
But I was desolate and sick of an old passion,
Yea, all the time, because the dance was long:
I have been faithful to thee, Cynara! in my fashion.

I cried for madder music and for stronger wine,
But when the feast is finished and the lamps expire,
Then falls thy shadow, Cynara! the night is thine;
And I am desolate and sick of an old passion,
Yea hungry for the lips of my desire:
I have been faithful to thee, Cynara! in my fashion.

Dowson estaba enamorado de una muchacha en un restaurante italiano. La cortejó durante dos años: al principio era demasiado joven ella, luego en demasía la mala fama de él. Ella se casó con el mesero y la vida de Dowson naufragó. Sobrio, no miraba a mujer alguna; ebrio, levantaba hasta las putas más baratas. "Ni siquiera las quería limpias", asegura un amigo. "Te he sido fiel a mi manera, Cínara"...

Dowson era dulce, cariñoso y cambiante. Su poesía es muestra de la sincera fascinación que sentía por todo lo religioso, pero, desde luego, su religión no tenía trazos dogmáticos, por no ser otra cosa que el deseo de una condición de éxtasis virginal. Si bien es cierto, como lo afirma su gran amigo Arthur Symons, que Dowson amó a la hija del restaurantero por su juventud, puede uno estar casi seguro de que buscó en la religión una cualidad similar, algo de lo que los ángeles, en perpetuo movimiento, encuentran —a decir de Swedenborg— hacia "el albor de su juventud".

William Butler Yeats (1865-1936)

Entre todos mis amigos, quizás el mayor sea el irlandés William Butler Yeats, y sin embargo su presentación se contará entre las más breves. ¿Será porque a él se aviene tan bien el cómodo y veraz lugar común de que no necesita presentación? Pero, se me argüiría, ¿no puede decirse lo mismo de algunos, si no todos, los amigos tuyos que has reunido en estas páginas? No sé cómo refutar este argumento. ¿Será, entonces, que de tanto leer sus versos me parece conocerlo a él en ellos, a la persona en sus versos? También puede suceder lo mismo en cuanto toca a los otros, volverían a decirme. Pues si la cosa es así, no queda sino admitir dos vías de acercamiento a estos amigos: en unos casos, de la persona a los versos; en otros, de los versos a la persona. Las dos vías, me parece, son legítimas.

Lo cierto es que desde hace años tengo al alcance de la mano un ejemplar de sus *Autobiografías* ("Ensoñaciones de la niñez y juventud" y "El temblor del velo"), escritas en 1914, y las he ido dejando para cuando "ya esté tranquilo" (gracias por la cita a don Eugenio D'Ors, quien tanto acertó en las artes y erró en otras cosas fundamentales). Ya es demasiado tarde para leerlas, al menos en lo que concierne a estas líneas. El párrafo inicial promete mucho, tanto que me justifica en mi afán de sosiego para disfrutar del libro: "Mis primeras memorias son fragmentarias y aisladas y contemporáneas, como si uno recordase algunos de los primeros momentos de los Siete Días. Es como si el tiempo no hubiese sido aún creado, pues todos los sentimientos en relación con emociones y lugares carecen de secuencia". El balance, el ritmo, la evocación de estas oraciones, me abrieron un apetito que no he satisfecho todavía. Dios me dé el tiempo que, por desdicha, fue creado después de aquellos Siete Días Venturosos.

El inglés Max Beerbohm —uno de los últimos hombres realmente civilizados de este siglo— nos cuenta en un breve ensayo cómo conoció por primera vez a Yeats. Beerbohm y Audrey Beardsley —quizás el mejor dibujante del ocaso victoriano— asistieron una noche del año 1893 al estreno de cierta obra dramática a la que debía preceder, como entrante o entremés, una pequeña pieza de Yeats titulada *La tierra que el corazón anhela*. Parece que los actores no tomaron muy a pecho su trabajo, pues la obra resultó tan confusa como inaudible. Pero en el público había no pocos irlandeses, y Yeats era ya uno de los más ardientes partidarios y renovadores de la cultura de su misteriosa isla. De modo que hubo aplausos y algunos gritos pidiendo la presencia del autor en el escena-

rio. "Percibí un leve temblor donde se juntaban una a otra las cortinas —dice Beerbohm— y vi entonces una fisura que nos revelaba (según supuse por un momento) una tiniebla no iluminada detrás de las cortinas. Pero, ¡no!, había dos desgarros blancos en la parte superior de la tiniebla —el desgarró blanco de una camisa de etiqueta, y encima el desgarró blanco de un rostro humano—; y comprendí que mi tiniebla insustancial era en realidad un frac, con el autor adentro. Y el desgarró blanco de la cara del autor estaba cortado al medio por un desgarró menos negro que la tiniebla, y era un mechón del pelo color cuervo del autor... Todo resultaba bien embrujado y memorable."

A Yeats le fascinaba oír los mitos y leyendas que al caer la tarde se contaban entre sí los campesinos. Siempre creyó que la poesía era mejor hablada que leída. Dejémosle así en la semipenumbra en que Beerbohm por primera vez lo viera. Cierta veladura no le va mal a este irlandés mágico.



W.B. Yeats

Un aviador irlandés prevé su muerte

Sé que por fin encontraré al destino
en algún sitio entre las altas nubes;
odio no siento por los que destruyo,
amor tampoco por los que protejo;
Kiltartan Cross, ésa es mi patria sola,
mis solos compatriotas son sus pobres,
no hay fin imaginable que los dañe
o más felices deje que antes eran.
Ley ni deber me mueven al combate,
discursos ni clamor de muchedumbres;
un solitario impulso de delicia
me lanzó a este tumulto entre las nubes;
todo lo sopesé, traje a balanza,
los años por venir un vano aliento,
un vano aliento aquellos que ya fueron,
en el fiel de esta vida, o esta muerte.

An Irish Airman foresees his Death

I know that I shall meet my fate
Somewhere among the clouds above;
Those that I fight I do not hate,
Those that I guard I do not love;
My country is Kiltartan Cross,
My countrymen Kiltartan's poor,
No likely end could bring them loss
Or leave them happier than before.
Nor law, nor duty bade me fight,
Nor public men, nor cheering crowds,
A lonely impulse of delight
Drove to this tumult in the clouds;
I balanced all, brought all to mind,
The years to come seemed waste of breath,
A waste of breath the years behind
In balance with this life, this death.

44

Quando seas vieja

Cuando seas vieja y gris, colmada por el sueño,
y cabeceando al fuego tomes este libro,
y leas despacio, y con el brillo suave sueñes
que hubo en tus ojos una vez, y con sus sombras;

cuántos tus ratos de risueña gracia amaron
y tu belleza con un amor sincero o pérfido,
mas sólo un hombre amó tu alma en ti viajera
y las penas amó de tu cambiante cara;

y encogiéndote junto al fuego crepitante
murmures triste, acaso, del amor que huyera
para vagar por las montañas desoladas
y su rostro esconder en un montón de estrellas.

When you are Old

When you are old and grey and full of sleep,
And nodding by the fire, take down this book,
And slowly read, and dream of the soft look
Your eyes had once, and of their shadows deep;

How many loved your moments of glad grace,
And loved your beauty with love false or true,
But one man loved the pilgrim soul in you,
And loved the sorrows of your changing face;

And bending down beside the glowing bars,
Murmur, a little sadly, how Love fled
And paced upon the mountains overhead
And hid his face amid a crowd of stars.

Caída majestad

Aunque la multitud por sólo ver su rostro se agolpaba y a viejos ojos nubes acudían, sólo esta mano a solas, como un último paje en algún campamento abandonado, de su caída majestad murmura, relata lo que ha sido.

Rasgos, un corazón que hace más dulce la sonrisa, esto, esto queda; pero yo anoto lo perdido. Multitudes apresuradas van por esta calle sin saber que es sólo aquella en que algo anduvo alguna vez como una ardiente nube.

Fallen Majesty

*Although crowds gathered once if she but showed her face,
And even old men's eyes grew dim, this hand alone,
Like some last courtier at a gypsy camping-place
Babbling of fallen majesty, records what's gone.*

*The lineaments, a heart that laughter has made sweet,
These, these remain, but I record what's gone. A crowd
Will gather, and not know it walks the very street
Whereon a thing once walked that seemed a burning cloud. ●*

